

WALT DISNEY

Tod y Toby



WALT DISNEY

Tod y Toby

Adaptación: Cécil Lameunière
Traducción: Geneviève Naud



Ediciones Gaviota, s.a.

MADRID — ESPAÑA

"¡Pío! ¡Pío!" canta un pájaro gris. Así descubre el bosque que la primavera ha llegado. Frálgiles anémonas brillan en el musgo, y un sol tímido intenta abrirse paso por entre el follaje. ¡Qué paz! Pero, de repente, una rama cruje, los helechos se agitan, un destello rojizo cruza el claro. ¡Oh!, la señora Zorra, ¿adónde correrá tan de mañana? Un ladrido nos lo dice: huye del cazador y del perro.

© 1987 The Walt Disney Company
Ediciones Gaviota, S. A. - MADRID
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-392-8439-X
Depósito legal: LE 998-1988
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. A. - León

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.



Se acercan. Ella sigue corriendo. De pronto, ya no ve ni árboles, ni musgo, sólo hierba húmeda bajo las patas: un gran prado donde la carrera continúa. Por fin no ve ningún cazador a lo lejos; ¡ya puede respirar tranquila! Al pie de la valla, la zorra se detiene y deja algo que se mueve. Luego escapa. Así comienza una bella historia. La lechuza, Mamá Búho, lo ha visto todo y nos lo va a contar.



Tras una noche de caza, Mamá Búho estaba a punto de dormirse sobre la rama del viejo roble que le sirve de casa. Al pasar la zorra, parpadeó y lanzó su grito de alarma: "¡Huu, huu, huu!" Pero ya nada se movía alrededor, sólo aquella bolita, allá, junto a la valla. ¿Qué tal si lo viéramos de cerca? ¡Oh! ¡Qué encanto de zorrillo! Es pequeñín y tiembla de frío y de miedo. Sin duda su madre ha querido salvarlo del cazador. Pero si se queda aquí morirá de hambre y de soledad. Mamá Búho tiene buen corazón y también mucho sentido común. Se pone a cavilar.



“No tiembles, pequeño. Estás vivo, que es lo esencial. Yo te ayudaré a seguir estándolo.” Como para burlarse de ella, dos disparos suenan en el fondo del bosque. Una bandada de pájaros asustados se dispersa en el cielo. Hay que tomar rápidamente una decisión. “¡Huu, huu, huu!”, grita Mamá Búho. En respuesta a su llamada, Dinky el gorrión y Trabalenguas el pájaro carpintero vienen a posarse en la valla. Los dos están muy excitados. “¿Quién es éste? ¿Por qué se ha ido de la madriguera de sus padres?”. Mamá Búho les explica lo que ha visto. Después de estos disparos, seguro que el zorrillo se ha quedado huérfano. Hay que buscarle un refugio, una madre adoptiva.



“Tal vez esa granja”, propone Trabalenguas, señalando con su gran pico a una casa aislada. “La granjera es amable —añade Dinky—, me alimenta durante el invierno. ¿Pero querrá tener a un zorrillo? ¿Y cómo llevarselo?” “Tengo una idea —dice Mamá Búho—. Cuando la granjera no vigila el prado, está pendiente de la colada. Mirad esta ropa tendida.” “¿Y qué?” pregunta Dinky, que no ve la relación. “¡Seguidme!”, ordena Mamá Búho. Unos minutos y ya está: tres picos descuelgan el mantel blanco que estaba secándose al sol, se lo llevan como un paracaídas y... lo dejan caer encima del zorrillo.

De vuelta al viejo roble, los tres cómplices no tienen que esperar mucho. Se abre la puerta de la casa. La viuda Tweed, la granjera, sale a recoger la ropa. Parece muy sorprendida. No hay viento esta mañana: ¿cómo habrá volado el mantel hasta la valla? Pero cuando lo levanta, ¡su sorpresa es aún mayor!



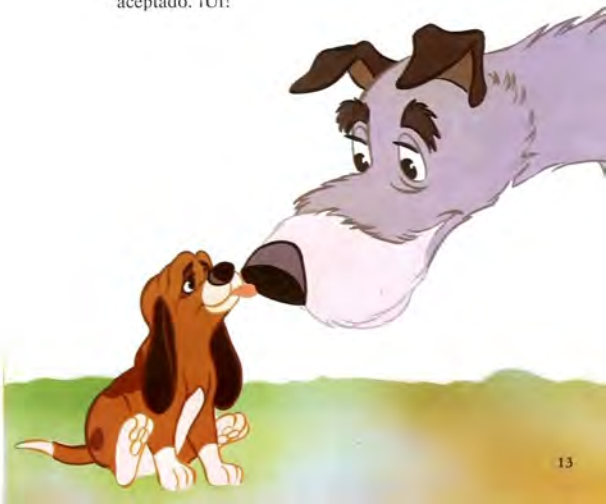
Contempla al zorrillo que clava en ella sus ojos inquietos. Lo coge en brazos, lo acaricia para tranquilizarlo, vacila un instante y se lo lleva a casa. “¡Pobre pequeñín! —dice—. ¡Pareces completamente abandonado!” Su mano acaricia el pelo corto y espeso del animalito. “No sé cómo has encontrado mi prado y mi mantel, pero ya que estás aquí, me quedo contigo.” Se diría que el zorrillo se daba cuenta de que había encontrado una madre. Se acurruca gimiendo de felicidad. “Y para empezar, como todo el mundo tiene un nombre, te llamaré Tod”, declara la viuda Tweed.





Mientras los días felices empiezan para Tod, no lejos de allí se produce otro acontecimiento. Amos Slade, el cazador, lleva a su cabaña a un recién llegado y se lo presenta a Jefe, su viejo perro. "He aquí un compañero y un alumno —le dice—. Se llama Toby. Te lo confío." Toby es un cachorrillo muy sociable que en seguida quiere trabar amistad con Jefe. Pero éste no se da por enterado. Más adelante lo veremos —gruñe—.

Jefe es un valiente perro de caza. Hace tiempo que sirve fielmente a Amos Slade y, cuando el cazador trae a casa liebres, perdices o faisanes, va delante con orgullo, como diciendo: "¡Por algo me llamo Jefe!" Entonces, ese cachorrillo minúsculo ¿para qué va a servir? Jefe intenta hacerle comprender la situación. Pero, curiosamente, Toby no parece nada intimidado. Le mira directamente a los ojos y Jefe ve que el cachorro tiene carácter. "Bueno —dice—, si estás dispuesto a obedecerme, todo irá bien." El cachorrillo lee en la mirada del viejo que es aceptado. ¡Uf!



¿Y si volviésemos a ver lo que sucede en casa de la viuda Tweed? No posee más que una casa vieja con un establo y una vaca, un corral donde las gallinas cacarean, un granero donde el heno huele bien. En resumen, es una granja muy modesta. Pero para Tod es un palacio, un paraíso. ¡Jamás zorrillo alguno conoció tal felicidad! Mientras que sus hermanos o primos se enfrentan a la oscuridad de la madriguera, a los peligros del bosque, él retoza desde la mañana hasta la noche en sus dominios. Su comida está siempre lista sin



necesidad de preocuparse por ella. Juega como un loco, asusta a las ranas de la charca, se revuelca en la hierba poblada de margaritas. ¡Qué vida de ensueño! Por la noche, se duerme con las caricias de su ama, que le adora. Esta mañana, sin embargo, la viuda Tweed se enfada: en el establo mientras ordeña a la vaca, Tod zarandea a una gallina y a su pollada. ¡Qué revuelo! Resulta tan divertido como jugar al escondite. “¡Basta ya, Tod!” grita la granjera.



Pero Tod se hace el sordo, ¡es tan divertido! Los pollitos pían en las cuatro esquinas del establo, su madre aletea corriendo de una esquina a otra para reunirlos. Tod quiere explicar a su ama que es un gran juego. Se le acerca... y provoca un verdadero desastre. La vaca también se ha asustado. Lanza una coza hacia Tod... y ¡cataplún! El cubo de leche se vuelca.



Esta vez la granjera se enfada: "¡Malo, más que malo! ¿Ves lo que has hecho?", dice con una voz fuerte. El zorrillo está un poco avergonzado. Se esconde detrás de una cubeta a la espera de lo que pase. Nunca le han propinado una regañina, ¡pero hoy podría ser la primera vez! Entonces dirige a su ama una mirada desolada, inquieta, una mirada que pide perdón. La bondadosa viuda no lo resiste y decide no aplicarle el castigo merecido, limitándose a echarlo a la calle. "¡Sal de aquí, bribón! ¡Que no te vuelva a ver jamás en el establo!" El golfillo se marcha sin rechistar. Una vez fuera, ya está de nuevo en busca de otro juego y de compañeros menos bobos que esa asustadiza gallina y su prole.





Precisamente, ahí están dos de sus amigos: Dinky y Trabalenguas. ¿A qué están jugando? “¡Oruga!”, dice el gorrión dando saltitos. Tod entiende. Oruga es una larva que se pasea a menudo por el huerto. A los dos pájaros les gustaría tener un buen almuerzo comiéndosela. Para ayudarles, Tod se mueve y... ¡Oruga desaparece! Dinky y Trabalenguas no están nada contentos.

Trabalenguas no mide sus palabras: “¡Torpe! ¡Ahora que íbamos a cogerla! ¡Vete a jugar tú solo, maldito zorro!”. Ciertamente, no es un día de suerte para Tod.





¿Qué hacer? Se aleja un poco y decide asistir a la continuación del espectáculo: Dinky y Trabalenguas se obstinan en hallar de nuevo a Oruga. Después de todo, es divertido ver a los dos compinches, que se creen tan listos, derrotados por un minúsculo bichito.



Un agujerito en la corteza del viejo árbol le basta a Oruga para esconderse de los curiosos. Trabalenguas suele golpear los troncos de los árboles para hacer salir a los insectos y devorarlos. ¡Qué tontaina! Oruga no es un insecto cualquiera. Es una oruga muy lista que puede permanecer horas enteras sin moverse hasta que desaparezca el peligro. Trabalenguas insiste. Vuelve al agujero en el que Oruga desapareció. Golpea con rabia. Su pico agranda la abertura. ¡Tac, tac, tac! La ensancha tanto que la rama cruje, se rompe y cae, arrastrando en su caída al humillado pájaro carpintero. ¡Él, que había llamado inútil a Tod! El zorrillo se ríe como un loco de lo sucedido. ¡Qué divertido! Todo contento, regresa a la granja



Tod crece. Su tupida cola se alarga. Hace semanas que no ha vuelto a ver a Dinky ni a Trabalenguas. Ambos parecen guardarle un pequeño rencor por el asunto de Oruga. Claro que siempre tiene a Mamá Búho, pero ¿cómo jugar con ella, que dormita durante el día? Tod decide ir a investigar un poco más lejos.



Esta mañana se aventura en el bosque. Avanza con el hociquillo pegado al suelo, olfateando cosas nuevas. Al final del sendero, otro hocico husmea también un olor desconocido: es Toby, el cachorro de Amos el cazador. Él también ha crecido un poco. Ambos están ahora cara a cara y se observan. «¡Por fin alguien para jugar!», piensa Tod, que saluda con educación. «¡Qué perro más raro, pero es más joven que Jefe!», se dice Toby. Una amistad ha nacido.



Empiezan el juego con alegres empujones. Luego se revuelcan en el musgo, se mordisquean amistosamente, se persiguen por entre los árboles. ¡Anda, qué bien, aquí hay agua! Ambos se lanzan a la charca, nadando y chapoteando como locos. Cada vez es más divertido. Y el perro y el zorro se despiden prometiéndose volver a verse lo antes posible.



La inteligente Mamá Búho ha hablado de prudencia. Se pregunta si es del todo normal que un perro de caza se haga amigo de un zorro. ¡Pero Tod es tan feliz al tener un compañero de juegos! Por lo tanto, se contenta con observar el desarrollo de los acontecimientos desde lo alto de un viejo roble. Ese día, Toby no acudió a la cita del bosque. Es la ocasión para que Tod visite a su amigo.



¡Él, que goza de tanta libertad en casa de la viuda Tweed, piensa que es muy triste tener una cuerda atada al cuello! Pero Toby no está solo. A la entrada de una caseta vecina, el viejo Jefe está durmiendo tranquilamente. Tod ha oído hablar de él a menudo. «Parece un viejo padrazo, y el amigo de un amigo es un amigo». Y Tod avanza. Jefe abre un ojo indiferente y lo vuelve a cerrar, adormilado.



No era más que un truco. Bruscamente, Jefe salta. Ha reconocido el olor enemigo, el del zorro que caza desde hace tanto tiempo. "¡Escapa, Tod!", grita Toby. Tod sale de estampida, perseguido por un extraño bullicio.



Puesto que Jefe también está atado al barril que le sirve de caseta, lo arrastra tras de sí en una loca carrera. ¡Bum, badabum! ¿Es el barril o el corazón de Tod lo que golpea tan fuerte? Bajo la triste mirada de Toby, perro y zorro desaparecen en el bosque. Correr en zigzag con la caseta a cuestas no es nada cómodo. Jefe se ahoga pero no renuncia. ¡Un zorro que se atreve a venir a desafiarle a domicilio, nunca había visto nada semejante! En cuanto a Tod, huye hacia el único refugio que conoce: la granja, junto a la bondadosa viuda Tweed. ¡Por fin llega a casa!





Tod atraviesa el gallinero, Jefe va pisándole los talones. ¡Qué revuelo entre las tranquilas gallinitas! El pánico se desata cuando suena un disparo. Amos Slade ha seguido a su perro. Aparece amenazador y sigue disparando: **iPum, pum, pum!** ¿Pero cómo apuntar bien en medio de ese torbellino de plumas? Está confuso y Tod aprovecha la ocasión.



De un brinco salta la tapia y se topa de narices con el coche de la viuda Tweed, que lleva su leche al mercado. Ésta reduce la velocidad preguntándose quién diablos estará disparando a sus gallinas. ¡Que no cuente con Tod para explicárselo! Tod se ha escondido entre los cántaros, temblando de arriba abajo como una hoja.



¡Y el espectáculo no se ha acabado! Amos Slade aparece en su viejo cacharro, con el volante en una mano y el fusil en la otra. Frena y dispara. Las balas agujerean los cántaros.



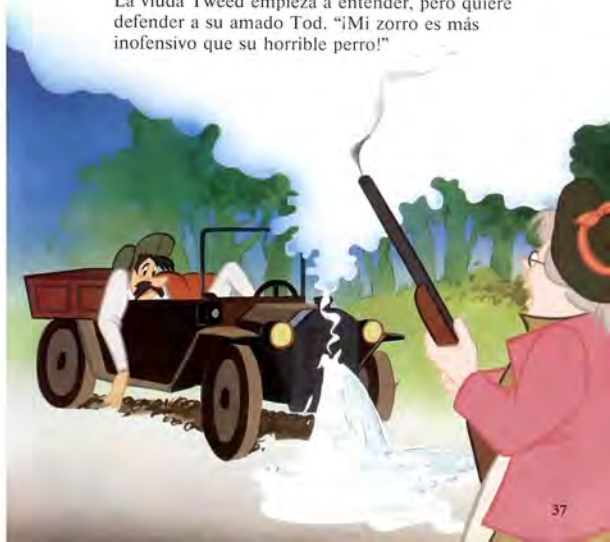


La granjera está furiosa. Apaga el motor y baja de un salto. “¿Se ha vuelto loco? —grita a Amos Slade—. ¿Se dedica ahora a la caza de cántaros de leche?” Amos no tiene tiempo de contestar. Encolerizada, le arrebató la escopeta de las manos y dispara a su vez. Ahora, es el agua del radiador agujereado lo que brota en medio de una nube de vapor.

“¡Ya está, vaya a recargarla si quiere seguir el juego”, grita, tirándole a Amos una escopeta sin balas. Entre los cántaros, Tod no rechista, mientras se pregunta por qué habrá sucedido todo esto. Para consolarse, se permite beber a lengüetazos un poco de la buena leche derramada. Luego, echa una mirada inquieta hacia el camino.

En efecto, la historia no ha acabado. “¡Qué poca vergüenza! —grita el cazador—. ¿Cómo voy a arrancar ahora con el radiador agujereado?”

“¡Págume primero mi leche y luego se lo diré! —contesta la granjera—. Para empezar, ¿qué hacía usted en mi corral? ¡Si le apetecía un pollo para comer no tenía más que pedirlo!” Amos se sofoca de indignación. “¡Me importan un rábano sus pollos! ¡Prefiero el conejo de campo! Si no estuviera criando un zorro, nada hubiera pasado”. La viuda Tweed empieza a entender, pero quiere defender a su amado Tod. “¡Mi zorro es más inofensivo que su horrible perro!”



El enfado de los dos interlocutores llega al colmo. “Mi perro...”, empieza el uno. “Mi zorro...”, interrumpe la otra. La cosa puede durar mucho tiempo porque ninguno escucha. Es el momento que Tod escoge para llamar la atención de su buena ama con un aullido plañidero. “Por hoy vale —declara Amos Slade—. ¡Pero, créame, cuando mi escopeta vuelva a estar cargada, su zorro lamentará haberse cruzado en mi camino!”





La granjera no ha adivinado lo que pasó antes del tiroteo en el camino, y Tod no pudo explicárselo, pero vio en sus ojos tanta inocencia y tanto desconsuelo, que está segura de que no es culpable. Sin embargo, sabe también que Amos Slade cumplirá su palabra, que Tod corre peligro con semejante enemigo y que hay que impedir a toda costa que se encuentren. Entonces, el zorro se convierte en prisionero en su propia casa. ¡Oh!, una prisión muy agradable. No tiene una cuerda al cuello como el pobre Toby. Tiene su ración de caricias y de comida. ¡Pero qué largos se le hacen los días en esa jaula de oro!

Esta mañana Tod siente un hormigueo en las patas. ¡Ciertamente no es posible seguir dando vueltas entre la mesa y el armario, y tener como único recreo uno o dos paseos alrededor de la granja acompañado por su ama! Ésta machaca siempre la misma monserga: “el cazador, el viejo Jefe, la escopeta, el peligro...” ¡Pftt! Tod no teme ni a los unos ni a los otros. Ha crecido aún más y se siente capaz de afrontar todos los peligros. Y además, está Toby, su amigo, a quien quisiera volver a ver. ¡Sabe Dios lo que Jefe le habrá contado! ¡Vaya, vaya!... ¡La ventana está mal cerrada! ¡Una negligencia de la viuda Tweed! Tod no vacila: ya está corriendo por el prado en dirección al bosque.





¡Ah! ¡Los buenos olores de la naturaleza! Tod se para cerca de un montículo de tierra recién removida. Husmea y, si tuviera tiempo, se quedaría al acecho. Tod nunca ha cazado topos y sin embargo, por instinto, rastrea la presencia de una presa. Pero tiene prisa. Cuando se acerca a la cabaña de Amos Slade...

... se agazapa detrás de la caseta de su amigo. El cacharro (arreglado) del cazador ya está traqueteando. Jefe se pavonea en el asiento delantero. Toby no parece muy contento. "Venga, venga, perezoso —refunfuña Amos Slade—. Ya es hora de que aprendas a cazar. No es para tanto. ¡Jefe, dile que es más agradable que estar soñando a la sombra de un barril!" Jefe asiente con un gruñido.





Tod presencia la salida. No entiende. ¿Cazar? ¿Qué significa? ¿Será perseguir a alguien que no nos ha hecho nada? ¡Toby nunca lo hará, es un perro demasiado bueno! El zorro va a consultar a su segunda madre, Mamá Búho. La señora Búho le explica que la caza, para los hombres, no es una maldad: sencillamente la piel de los animales del bosque es bonita y caliente. ¡Y para conseguir la piel hay que matar al animal! Tod siente un escalofrío por la espalda. Vuelve a la granja, cabizbajo. ¡Qué complicada es la vida!





Los días transcurren monótonos. Tod, muy desilusionado desde su conversación con Mamá Búho, ya no busca la aventura. Llueve a menudo, la niebla envuelve el campo y, una mañana, todo cambia; por la ventana, Tod descubre un espectáculo sorprendente: ¡unas plumas blancas están cayendo del cielo! Ya no se ve el suelo del patio y el prado verde ha desaparecido. Ha caído la primera nevada.

Tod ha metido el hocico en este polvo desconocido. ¡Brrr! Pronto ha vuelto al amor de la lumbre. ¿Qué es de Dinky y Tralenguas? ¡Deben de tener las patas heladas en sus árboles sin hojas! Pero no; el gorrión y el pájaro carpintero, que no son tontos, han fijado su domicilio dentro de un espantapájaros... ¡que ha dejado de espantarlos hace mucho tiempo! No es guapo, este buen hombre harapiento, pero su chaqueta abriga y su gorro proporciona un techo muy socorrido.





Lo que siguen haciendo es acechar a Oruga. Con este frío la comida escasea. ¡Ya les gustaría echarse a Oruga al pico! Pero la pícara escapa de sus patas. ¿Dónde se esconderá en la nieve? El ojo agudo de Dinky cree ver una huella. “Mira, Trabalenguas. ¡Esta vez, creo que por fin vamos a almorzar!”



Al reptar, Oruga dejó su huella en la nieve y los dos compadres la sobrevuelan, pero Oruga permanece invisible. “¡Hurra, ahí está!”, grita Dinky. Hela ahí. Oruga está trepando por la puerta a toda prisa, se precipita dentro de la cerradura, se deja caer en el interior y va tranquilamente a instalarse al calor, cerca de la estufa. Afuera, Trabalenguas se desespera. ¡Hunde su gran pico en la cerradura, lo cual no es la mejor manera de abrir una puerta! Está claro: ¡Oruga no estará en el menú del día!



Decididamente, la granja es un buen refugio para todo el mundo. Oruga pasa un invierno cálido... en una maceta cuya tierra está tibia y donde nadie la molesta. No más nieve, no más picos que temer, y no será Tod el que la vaya a importunar. El zorro mira con indiferencia a esta cosita que no se mueve.



Para Dinky y Trabalenguas la situación es muy diferente. Incluso el espantapájaros ya no les calienta. La nieve llegó demasiado pronto este año. Deciden ir en busca del sol. Allí, en el sur, el cielo es azul, les dijo una golondrina, y en la tierra, que no hiela, se encuentra alimento. Van a despedirse cortésmente de Mamá Búho. "¡Buen viaje, mis pequeños!", les dice la señora Búho, que es un poco la abuela de todo el mundo.



Mientras tanto, en casa de Amos Slade Toby no tiene descanso. ¡Cómo ha cambiado el cachorro juguetón y despreocupado! Aunque no ha alcanzado todavía la talla de Jefe, ha crecido mucho. Aprende a diario su oficio de perro de caza. Obedece a la voz de su amo, rastrea la pista de su presa y trae delicadamente en el hocico el animal muerto. Amos Slade está contento: las bonitas pieles se amontonan en la cabaña. Será una buena temporada. Esta mañana da unas enérgicas palmadas a Toby: "¡Muy bien, chico!". Jefe siente envidia y gruñe en su rincón.

Ahora Toby es el que ocupa el asiento delantero en el coche del cazador y Jefe se tumba detrás. Toby se enorgullece de ello porque significa que se ha vuelto adulto, que su amo primero cuenta con él. Pero lo que le gusta por encima de todo es avanzar por el bosque, el hocico pegado al suelo, en busca de una pista.





La nieve ha desaparecido, el musgo tiene un olor nuevo, los días son más largos, el invierno se va y, una buena mañana, de nuevo el pájaro gris es el que anuncia la vuelta de la primavera: "¡Pío! ¡Pío!". El cielo, de un azul pálido, se ha poblado de alas, silbidos y alegres cantos. Por supuesto, Dinky y Trabalenguas han regresado. Su primera visita fue para Tod, en el corral de la granja. No han escatimado los cumplidos: "¡Qué grande estás! ¡Qué cola tan magnífica!". Después de un invierno monótono, el zorro se alegra de volver a ver a sus amigos y hace un montón de preguntas acerca de ese país de sol que él no conoce.



La vida vuelve a ser más agradable para todo el mundo. En su rama, Mamá Búho hincha sus plumas y reanuda su vigilancia. Ve cómo la viuda Tweed instala su planta delante de la casa. El calor de la estufa no le sentó muy bien. La pobre parece muy anémica, sin fuerza ni hojas. Pero en unos pocos días se endereza y parece lista para echar unos brotes.



Lo que los ojos miopes de Mamá Búho no pueden distinguir, es la pequeña cosa acurrucada al pie de la planta. Oruga sigue ahí, esperando días mejores. A ella también le va a sentar bien el aire puro y el sol. Se desenrosca lentamente, da la vuelta a la maceta, la encuentra estrecha y se desliza hasta el suelo. Dedicará la mañana a conocer a las nuevas briznas de hierba. ¡Cuidado, Oruga! Trabalenguas y Dinky siguen en sus trece. ¡Te están observando! Oruga tiene el tiempo justo para trepar por el canalón. De repente, una chispa surge: las alas de los dos pájaros rozaron el hilo eléctrico que bordea el muro. Un olor a chamusquina y un buen susto los aleja. ¡Oruga se ha salvado!



¿Qué es este estrépito que turba el campo? Es el coche de Amos Slade que vuelve de una larga caza. Amos silba alegremente. Las pieles se amontonan detrás y, cerca de él, Toby parece tan satisfecho como él. Tod se acercó a la valla para verlos pasar. ¡Cuánto ha cambiado Toby! “Quiero volver a verle”, dice con firmeza a Mamá Búho. La señora Búho mueve su cabeza desgreñada. “Ahora es un cazador. ¡Ten cuidado!” “Sigue siendo mi amigo —contesta Tod—. Esperaré a que el viejo Jefe esté dormido. Palabra de zorro, seré prudente.”



Toda la casa duerme cuando Tod se desliza afuera. Se le sale el corazón del pecho al pensar que se va a reunir con Toby. En la noche, éste reconoce en seguida a su visitante. “¡Escapa rápido! Soy un perro de caza y persigo a los zorros.” “Pero yo no soy un zorro cualquiera,” —protesta Tod—. “Acuérdate...” No, Toby no quiere recordar.

“Es la ley de mi amo y de mi raza —intenta explicar—. Ni tú ni yo podemos hacer nada.” Tod no entiende nada de este lenguaje. No era una lección lo que él venía buscando. ¡Qué decepción!





Un aullido salvaje le saca de sus tristes reflexiones. Jefe despertó y él también olió al zorro. Tira furiosamente de su cadena haciendo un ruido infernal. Y pasa lo que tenía que pasar: ¡Amos Slade, a su vez, entra en danza!



Ha cogido su escopeta. ¡Desde luego, qué familia! Tod sale de estampida. ¡Pam, pam, pam! Los disparos se suceden, pero el zorro ya está lejos. No tomó el camino de la granja que el cazador conoce demasiado bien. Zigzaguea entre los árboles. El alboroto se acerca. Amos ha soltado a los perros y los azuca. Tod oye la espantosa voz de Jefe que domina los ladridos de Toby.



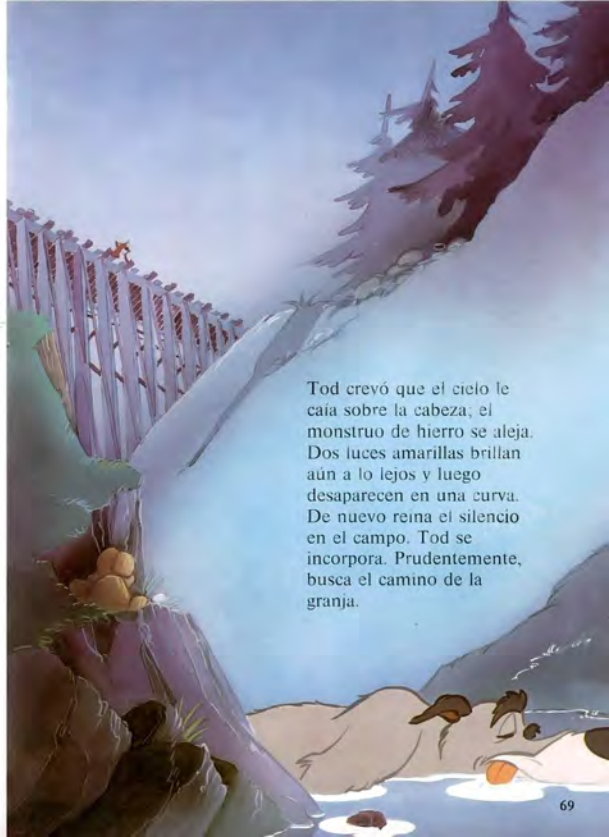


Tod ya no sabe adónde va. Sube un montículo, baja vertiginosamente una empinada ladera y se encuentra en una extraña carretera donde brillan dos barras de acero: ¡una vía de ferrocarril! Unas traviesas de madera están amontonadas al lado de los railes. El zorro se refugia allí para recobrar el aliento. Está a la vez agotado y abatido. ¡Su mejor amigo le ha tratado como a un enemigo! Ni siquiera tiene ganas de defenderse. Y, de repente, un milagro: Toby está ahí, un Toby jadeante que le reconforta. “¡Huye por aquí, Tod! He conducido a mi amo a una pista falsa, al otro lado. No quiero que te maten. ¡Buena suerte!” Entonces, el zorro recobra todo su valor. Ya que Toby no lo abandona, luchará. Se lanza en la dirección que el perro le indicó, hacia el puente del ferrocarril. Pero allí...





... se encuentra cara a cara con Jefe, que lanza un aullido de triunfo. Toby consiguió despistar a su amo, pero no pudo engañar al olfato de su viejo amigo. Feroz, el perro quiere echarse a la garganta del zorro cuando un ruido espantoso retumba en la noche. Un tren se está acercando a toda velocidad. El zorro no sabe qué monstruo es éste, pero se acurruca instintivamente entre los raíles. Jefe intenta saltar a un lado. No le da tiempo: la locomotora le arrolla y rueda, sin fuerza, por el barranco que bordea la vía.



Tod creyó que el cielo le caía sobre la cabeza; el monstruo de hierro se aleja. Dos luces amarillas brillan aún a lo lejos y luego desaparecen en una curva. De nuevo reina el silencio en el campo. Tod se incorpora. Prudentemente, busca el camino de la granja.

Al mismo tiempo, reflexiona. Recuerda los consejos de Mamá Búho. La lechuza tiene razón: para un zorro, el peligro está en todas partes cuando el cazador está cerca. Pero ella se equivocó en un punto: Toby ha seguido siéndole fiel a pesar de las leyes de la caza. Sin embargo, en este instante el amigo de Tod está lamiendo las heridas de Jefe, tumbado en el barranco, y se siente lleno de ira hacia el zorro, causa indirecta del accidente. "Te vengaré", promete a su compañero. Tod se cuela en el patio de la granja, donde su ama le recibe tiernamente.



No tarda en enterarse de que Tod ha vuelto a ser el héroe de una aventura. Pues he ahí a Amos Slade, furioso por haber encontrado herido a su perro. "Quiero la piel de su zorro. ¡No tiene derecho a proteger a un animal dañino!" ¿Tod dañino? La viuda Tweed se enfada. "Deje en paz a mi zorro. ¡El malo, es usted!" Amos se aleja profiriendo mil amenazas.

Sin embargo, la granjera reflexiona. Hay algo de verdad en las declaraciones del cazador. Está segura de una cosa: Tod no es malo, no quiere hacer daño a nadie, ¡pero es un zorro! ¿Es una granja sitio para un zorro? ¿Cómo impedirle volver a tomar el camino del bosque? Es vigoroso, necesita espacio y libertad. Encerrarlo no es una solución. ¿Qué hacer?



La buena mujer quiere dos cosas: que Tod siga vivo y que sea feliz. Entonces toma una decisión. Ha oído hablar de una reserva de animales. Es una especie de gran parque en plena naturaleza. Allí los animales viven en libertad, pero bajo la vigilancia de un guarda. Se los alimenta y protege. Allí es donde hay que llevar a Tod, ya que la granja se le está volviendo una cárcel demasiado estrecha. Le duele la idea de separarse de su zorro. Sigue viendo en él al zorrillo tembloroso, miserable, que salvó de la muerte. ¡Esa infancia queda lejos! De nuevo hay que velar por la vida de Tod.

Y así es como nuestro zorro se encuentra solo, en un bosque desconocido. ¿Dónde se ha metido su ama? ¿A quién contarle su pena? De repente, ve surgir un animal de patas cortas, de pelo áspero, cuyos ojillos desconfiados le miran fijamente. “¡Hola! Soy un tejón.”



“Me llamo Tod, —contesta en un tono lamentable—. ¡Qué frío hace aquí!”. El tejón se vuelve más amable, pero su madriguera no está hecha para un zorro. “Vete a ver al puercoespín —le aconseja—. No tiene mal carácter. Basta con no erizarle. En su casa estarás al calor.” En efecto, el puercoespín acoge bien a Tod, que, agotado, se duerme para olvidar su pena.





Amos Slade ha presenciado el regreso de su vecina. Cuando la granjera bajó del coche, estaba sola y triste. Desde entonces, el cazador merodea por la granja. Todo está tranquilo y no ve nunca al zorro, incluso cuando la puerta está abierta de par en par. Se da cuenta de que la viuda Tweed se llevó a Tod a un lugar seguro, fuera del alcance de su escopeta. Le da rabia. Ese maldito zorro es culpable de las heridas de Jefe, que se restablece lentamente. Quiere su pellejo y lo tendrá. Sería la primera vez que él, el mejor cazador de la región, se diera por vencido por un animal. "¡Vamos a vernos las caras, alimaña!", gruñe alejándose.

Bajo la mirada interesada de Toby, Amos empieza a hacer unas chapuzas. ¿Qué estará preparando con unos grandes alicates?

"Ya verás —dice a su perro—. ¡Para escapar de ésta, ese zorro tendría que ser el diablo en persona!" Coloca un leño entre las dos mandíbulas de acero y..., *iclacl*, el leño vuela hecho pedazos.

"¡Cuando sea la pata de esa maldita bestia, será perfecto!", ríe cruelmente el cazador.





Mientras tanto, la señora Búho se muestra muy preocupada. Estaba durmiendo cuando Tod abandonó la granja. Desde entonces se pregunta dónde se ha metido su protegido. ¿En qué aventura se habrá enzarzado esta vez? Preguntó a Dinky y a Trabalenguas. Ellos tampoco vieron nada: ¡estos atolondrados siguen tras su oruga! Mamá Búho está acongojada. Desde lo alto de su rama, vigila la casa con la esperanza de ver regresar por fin a Tod, con la cola entre las piernas, después de su huida. ¡Pero pasan los días y nada, siempre nada! Lo extraño es que la viuda Tweed no parece inquietarse por esta larga ausencia.

Entonces, Mamá Búho decide inspeccionar el bosque. Vuela en silencio. ¡Anda, una cola rojiza! Pero no es Tod. Descubre a una zorra bonita, amable, bien educada. “¿No habrás visto a un zorro muy hermoso y muy agradable?”, pregunta a la lechuza. No, Vixey no ha visto nada. Pero un compañero joven y hermoso, eso sí que le interesa. Propone a Mamá Búho ayudarla en su búsqueda.





Al lado del puercoespín, Tod duerme cada vez peor. En el hueco de la rama el espacio es estrecho. Tod da vueltas sin parar. Pero el puercoespín, que tiene sueño, acaba hartándose de este vecino intranquilo y... ise hace una bola! Su pelo se eriza como unas agujas. Tod tiene justo el tiempo de pensar «quien se acerca se pincha» y, ¡hala!, ahí está, en el suelo, en medio de la madriguera del tejón, que protesta: “¡Tú, otra vez! ¿Qué te pasa?”.

Tod explica: “La falta de espacio, el pelo del...”. “¿Y si volvieras a tu casa?”, sugiere el tejón, compasivo. ¿A su casa? ¡Ah! ¡Cómo le gustaría a Tod! ¡Pero dónde está su casa ahora!





El tejón tiene buen corazón. Le da lástima ver un zorro tan triste. Con su pata se rasca detrás de la oreja, lo que en él es signo de reflexión. "¡Vamos, vamos, una madriguera te estará aguardando en algún sitio! Toma este sendero. Lleva a un estanque donde podrás pescar. Eso te devolverá las ganas de vivir!" Tod sólo tiene un deseo: reunirse con su buena ama, no le importa el resto, peces incluidos. Pero este tejón tiene razón: hay que reaccionar. Y se pone en camino, el hocico pegado al suelo, buscando un olor familiar. El zorro anda y anda. Pero como el hambre le atenaza, caza un ratón de campo, acecha a un topo que no se decide a salir de su agujero y reemprende el camino. Él, tan vigoroso, siente sus patas pesadas.



Desanimado, anda con paso cansino, rozando el suelo. Es en ese momento cuando Mamá Búho y Vixey, la joven zorra, lo encuentran. Le hacen señas. ¡Qué alegría!



En cuanto a Vixey, está deslumbrada. Mamá Búho no mintió. Este zorro es guapo, joven y muy simpático. Lanza un pequeño grito de sorpresa. Tod se detiene, vuelve la cabeza, y no da crédito a sus ojos. ¿Está soñando? Un rayo de sol atraviesa el follaje y rodea de luz a una preciosa zorrilla con las orejas erguidas que le saluda batiendo el suelo con su larga cola. Y, junto a ella, ¿no será Mamá Búho?

Todo cambia en un segundo. El mundo vuelve a ser maravilloso y Tod tiene ganas de vivir. Mamá Búho sonríe tanto como se lo permiten sus plumas. Vixey le tutea con familiaridad. Hablan todos a la vez: Tod, del amable tejón y del puercoespín que ocupaba todo el sitio; Mamá Búho, de su inquietud, y Vixey, de su placer de conocer a un nuevo amigo.





Vixey conoce bien este rincón del bosque. El tejón no mentía: hay un lago al final del sendero, un hermoso lago rodeado de cañas y repleto de nenúfares. Vixey arrastra a Tod hacia un alegre juego de zambullidas. Se salpican y algunos pollos de agua, acurrucados en los juncos, huyen despavoridos. Trabalenguas y Dinky se han reunido con Mamá Búho. Los tres contemplan la escena con aire enternecido.

¡Pero Tod sólo tiene un ratón de campo en el estómago desde el día anterior! Le comenta a la linda Vixey que gustosamente metería en su estómago alguna cosilla. ¡Es fácil! Hay de todo en este lago. ¡Un servicio a la carta, vamos! Deciden coger algunos pececillos poco desconfiados y la pesca empieza.



«¡Qué juego más interesante!», piensa el zorro. Acaba de dar un golpe maestro al coger una carpa de buena talla. Delicadamente, va a regalársela a su amiga Vixey, que se la come en sólo dos bocados. En las orilla del lago hay ahora unos espectadores, vecinos de la reserva, que aplauden y animan a los dos zorros. Compiten para ver quién nada más deprisa, quién bucea durante más tiempo. Tod nota cómo se está volviendo un verdadero campeón. Anuncia a Vixey que va a visitar el fondo del lago y le traerá el más maravilloso de los regalos. ¡Pluf! ¡Se ve aún el extremo de la larga cola rojiza; luego, nada! Todos contienen el aliento. Pasan tres segundos y... Tod emerge con una hoja sobre la cabeza.





Tod se ha molestado.
“Puedes burlarte de mí,
—dice a Vixey—. ¡Vete a
ver allí, al fondo! ¡Está
más oscuro que una
madriguera! Y todo está
cubierto de cieno. ¿Cómo
saber lo que uno trae?”
Esta explicación no calma
la risa loca de la zorra.
Tod, enfadado, decide
darle la espalda.

Pero Vixey no quiere perder a su amigo. Se acerca a él. “¿Acaso tienes mal genio?”, pregunta riéndose aún. Tod, enfurruñado, no contesta. “Vamos, vamos, no me estoy burlando de ti, ¿sabes? Yo me río por nada, no hay que estar resentido conmigo. Eres un buceador muy valiente. ¡Tu regalo era divertido, nada más!” Fueron necesarias aún unas cuantas frases amables para que Tod aceptara las disculpas de Vixey y asegurara que todo estaba olvidado. Bajo la tierna mirada de Mamá Búho, hacen las paces los dos zorros y se echan juntos a descansar. El día de pesca acaba bien.



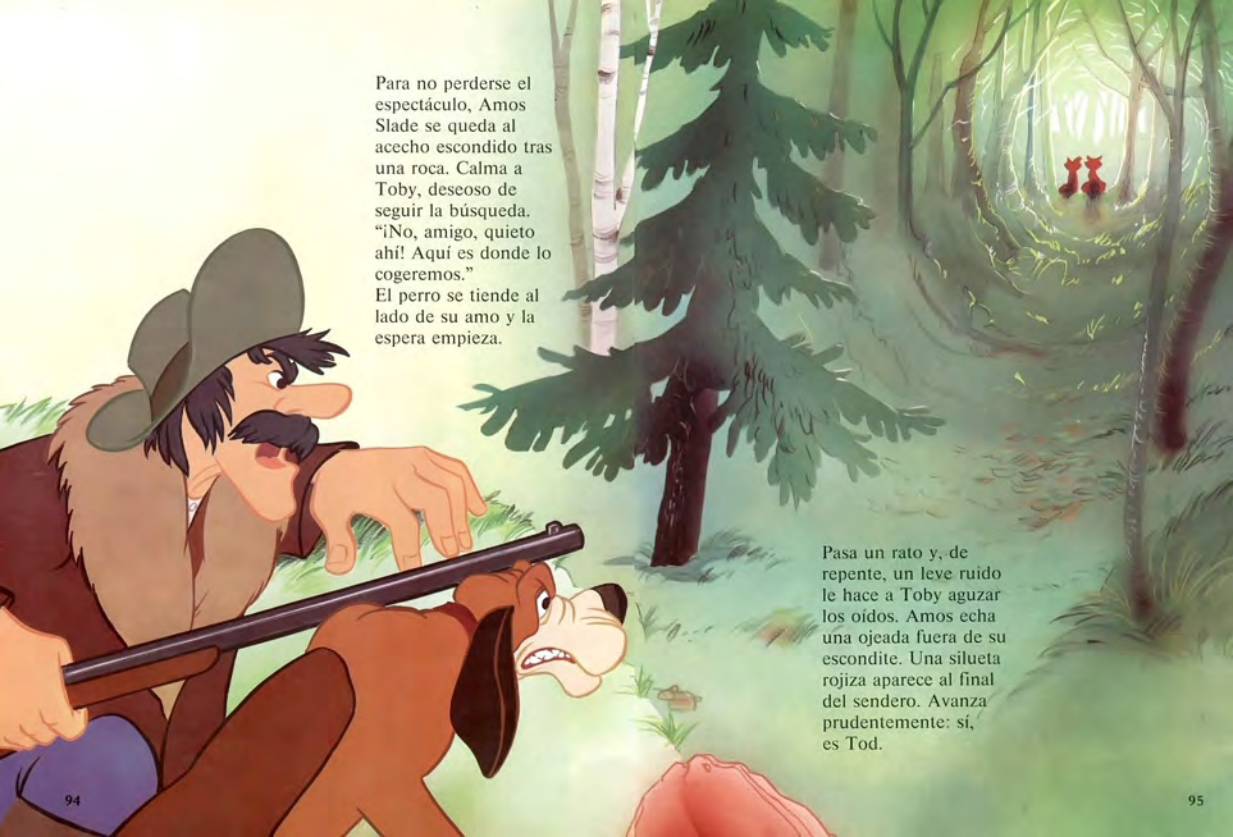


Sin embargo, otra amenaza se avecina. Amos Slade acabó por adivinar dónde había llevado la viuda Tweed a su protegido. ¿La caza con escopeta está prohibida en la reserva? No cazará al zorro, lo cogerá con una trampa. Se lo explica a sus perros, que primero tendrán que dar con la pista de Tod.



Los dos perros avanzan lentamente, con la nariz pegada al suelo. Toby es el primero en lanzar un aullido victorioso. Escarba la tierra con furia. Acaba de reconocer el olor de Tod. Seguro que éste no anda lejos. Pasó por aquí, Slade lo entiende. Coloca sus trampas de mandíbulas de acero. Un día u otro se volverán a cerrar sobre la pata del zorro. Amos se ríe con maldad. “¡Nos veremos las caras!” dice entre dientes.





Para no perderse el espectáculo, Amos Slade se queda al acecho escondido tras una roca. Calma a Toby, deseoso de seguir la búsqueda. “¡No, amigo, quieto ahí! Aquí es donde lo cogeremos.” El perro se tiende al lado de su amo y la espera empieza.

Pasa un rato y, de repente, un leve ruido le hace a Toby aguzar los oídos. Amos echa una ojeada fuera de su escondite. Una silueta rojiza aparece al final del sendero. Avanza prudentemente: sí, es Tod.



El cazador está ya disfrutando. Espera oír el “clac” de la trampa que apresará al zorro. Pero si Amos es astuto, Tod ha aprendido a serlo todavía más. Avanza con desconfianza, olfateando el suelo. Aquello que brilla en la hierba no es natural. Lo evita y se lanza en dirección contraria. Amos, furioso, se olvida que la caza está prohibida y dispara: ¡Pum, pum, pum!





De un salto, Tod se reúne con Vixey. “¡De prisa, de prisa, huyamos! ¡Amos está allí, con su escopeta!” Los dos zorros corren hasta no poder más. Cuando se han alejado lo suficiente de sus perseguidores, Tod, que teme estar dando vueltas inútilmente y encontrarse frente al enemigo, pregunta: “¿Adónde vamos?”. “Pues a mi casa —contesta Vixey sin aminorar la marcha—. ¡Yo no duermo al raso, sabes! Tengo una madriguera donde hay sitio para dos”. Por el tono de su amiga, Tod adivina que está muy satisfecha de darle hospitalidad. “Estamos llegando”, anuncia la zorra. La boca de la madriguera es casi invisible. Vixey se cuela dentro. Tod la sigue ciegamente. Atraviesan una especie de vestíbulo que permite vigilar y defender la hilera de habitaciones que dan a una larga galería.



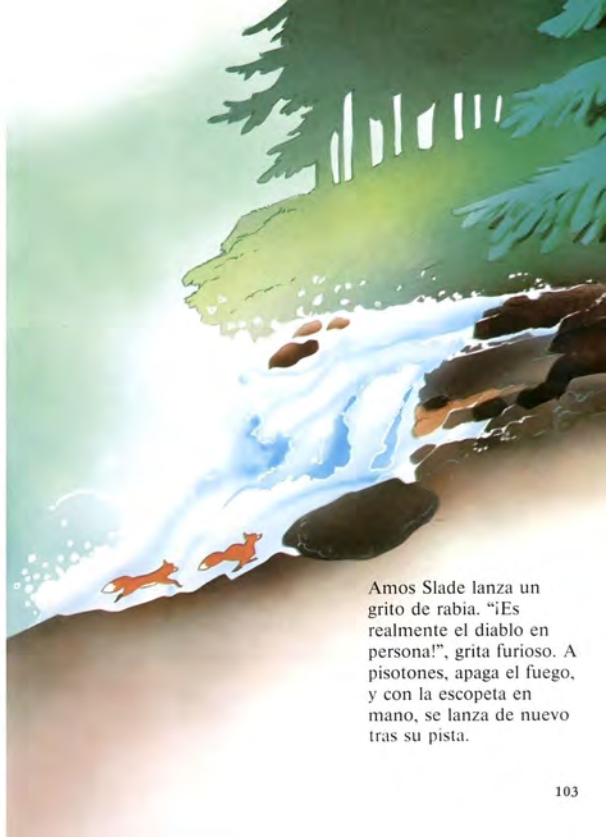


“Qué grande es tu casa —dice Tod halagador—. ¿Cavaste tú sola esta madriguera?” “Un día, descubrí el refugio de un conejo. Su ocupante había desaparecido. ¡Amplié su vivienda, y ya está!” —concluyó Vixey, toda orgullosa de ser una buena ama de casa. Y añade bajando los ojos—: Tiene que ser amplia. Un día, espero, habrá aquí un montón de zorrillos. Allí tendrán su cuarto y allá, la habitación de jugar.” A Tod le da la impresión de que este discurso le atañe muy personalmente y que el porvenir, es con él con quien Vixey se lo plantea. Se siente halagado. Pero un olor raro empieza a cosquillearle en la nariz. “¿Se estará quemando algo en tu cocina?”, pregunta, recordando la estufa de la buena viuda Tweed.

“¡Es humo! ¡Nos han encontrado!” dice la zorra asustada. ¡Ella no ha sido criada en una granja! Conoce este ardiz mortal de los cazadores que encienden un fuego a la entrada de las madrigueras para obligar a sus ocupantes a salir si no quieren morir asfixiados. Es lo que Amos Slade ha hecho. Como sabe que el refugio siempre tiene una segunda salida, ha ido a ponerse al acecho y espera a sus víctimas, convencido de que, esta vez, el zorro no se le escapará. El cazador conoce su oficio. Lo que no conoce tan bien es el valor de Tod: ¡las llamas no le detendrán!



En cuanto a Vixey, seguiría a su amigo hasta el fin del mundo. Los dos se lanzan a la carrera y franquean la chisporroteante hoguera. Se librarán con unos pelos chamuscados y unas patas doloridas que lamerán más tarde, cuando hayan salido de este infierno. Toby ladra para anunciar a su amo que su plan ha fracasado. ¡Los zorros ya están lejos!



Amos Slade lanza un grito de rabia. "¡Es realmente el diablo en persona!", grita furioso. A pisotones, apaga el fuego, y con la escopeta en mano, se lanza de nuevo tras su pista.



Toby también pone todas sus fuerzas en la aventura. Desde el accidente del ferrocarril, ha tomado partido totalmente por Jefe y su amo. Ya no se trata ni de amistad ni de simpatía. Este Tod es un bandido, un animal dañino, y se promete intentarlo todo para conseguir su captura. Amos puede contar con él. Bajo la mirada sorprendida y horrorizada de los demás habitantes del bosque, Toby corre con la velocidad del rayo.

Delante de él, un huracán, un tornado: los dos zorros, cuyo pelo aún husmea, huyen velozmente, saltan las rocas, arrancan ramas muertas, se arañan en los matorrales, jadeantes de fatiga y de terror. Tod encabeza la carrera y Vixey le sigue. Se animan mutuamente. ¿Pero cuándo y cómo terminará esta persecución despiadada?



La suerte está del lado de los zorros. Han atravesado de un salto un arroyo que, en este lugar, cae en cascada desde lo alto de una roca. Cuando Toby llega a la orilla, está desorientado, no sabe qué dirección tomar. El camino se divide en dos senderos, y por mucho que olfatea la ribera, no distingue ningún olor familiar. Ya puede Amos Slade gritar: "¡Busca, busca!". El perro vacila y va, al azar, por la derecha. De pronto, frente a él, no son los zorros los que aparecen, sino un oso enorme, de piel gris, apacible huésped de la reserva.



El más asustado de los tres es Amos. ¡Nunca cazó osos y el tamaño de éste es impresionante!



El oso, cuando no le atacan, no busca pelea. Éste es un solterón que nunca se metió con nadie en la reserva. Se contenta con coger la miel de las abejas salvajes y con ir de vez en cuando a pescar algunas carpas en el lago. Hoy tiene otro proyecto en la cabeza: reparó, a la salida del bosque, en las provisiones que una ardilla se olvidó en su escondite. ¡Qué despistada! Al oso le chillan las avellanas y va a desvalijar a su joven vecina. Le gustaría seguir su camino sin problemas. Da un paso adelante mientras Amos da tres hacia atrás. ¡Un grito! El hombre ha pisado una de sus propias trampas. Dos mandíbulas de acero atrapan su pie. Grita de dolor y no puede ni avanzar ni retroceder.



Amos Slade cae al suelo e intenta en vano librarse del cepo. Sufre terriblemente. Pero el cepo destinado a Tod es sólido y retiene a su prisionero. La situación se está volviendo dramática, ya que el oso, hasta entonces pacífico, ha tomado el aullido de terror de Amos por un grito de guerra. Avanza amenazador hacia el que considera su enemigo. Levanta sobre él una pata enorme.



Va a despedazar al cazador, que está indefenso. Amos nota sobre él el aliento de la fiera. Cierra los ojos creyendo llegada su última hora. ¡Pero no ha contado con Toby! El perro, hasta entonces, no hizo más que alborotar para asustar al oso; ahora pasa al ataque: se lanza al cuello de la enorme fiera, se agarra a su espeso pelaje e intenta clavarle sus afilados colmillos. El oso, sorprendido, se desentiende del hombre. Sacude a Toby como si de un mosquito se tratara y lo lanza rodando al camino. El perro queda tendido en el suelo, semiinconsciente. «Buen trabajo —piensa el oso—. ¡Este bicho me proporcionará una comida más abundante que un puñado de avellanas!» Amos quisiera defender a su perro. Grita con todas sus fuerzas.



El perro se ha incorporado. Si el oso es fuerte, Toby es rápido. Salta, da vueltas, corre al lado contrario, ladrando con la energía de la desesperación. Allá, en el bosque, Tod lo ha oído. Reconocería la voz de Toby entre miles. "Escucha, Vixey —dice a su compañera—. ¡Creo que están sucediendo cosas terribles!" "¿Y a mí, qué?" contesta la zorra. Ella no tiene por qué tener lástima de un perro de caza que, hace apenas unos instantes, acorralaba a su amado. "¡Es un grito de socorro, estoy seguro!" "¡No olvides la astucia de Amos, ni su escopeta!", suplica Vixey. Pero el zorro se ha marchado ya. Corre veloz por entre los árboles. El alboroto se acerca. Tod aminora la marcha y avanza prudentemente. No cree que Toby le atraiga hacia una trampa, pero queda el cazador...



Lo que descubre le hiela de terror. A él también le parece Toby minúsculo al lado de este coloso de pelaje gris cuyo nombre incluso ignora. Nunca se lo ha encontrado en la reserva ni en otra parte. Mamá Búho jamás le habló de él. El oso se mueve pesadamente. El perro ha comprendido que su única oportunidad está en este vaivén en el que él es más rápido. Pero ese juego a vida o muerte no durará ya mucho tiempo. El oso da un rugido que el eco prolonga por el bosque. A pocos metros de allí, Amos Slade sigue clavado en el suelo. El más mínimo movimiento le hace gemir de dolor. Intenta dominarse ya que los gritos enloquecen al oso y aumentan el peligro. Admira el valor de Toby, digno alumno del viejo Jefe.

De repente, Amos Slade abre unos ojos como platos. ¡Increible! Su enemigo de siempre, el zorro rojo, está ahí. ¡Y entra en acción! Ataca al oso por las patas. No es mucho más grande que Toby, pero el oso no le vio llegar y abandona un instante al perro para averiguar quién es este segundo asaltante. Su furor se aviva. “¡Ven, Toby! ¡Alejémoslo!” , grita Tod, que se lanza hacia adelante. La fiera cree que huyen y los persigue. El zorro se vuelve bruscamente y salta a los lomos del oso. Lo agarra y le muerde cruelmente las orejas. La gran cabeza lo sacude con violencia, pero el zorro aguanta.



Además, está el otro, ese perro aullante que está en todas partes a la vez, delante, detrás, que se le escurre entre las patas. Si no fuera por sus espantosos rugidos de ira, el oso nos haría reír: parece un bobalicon que no sabe cómo escapar de estos rabiosos microbios. Poco a poco, el trío enfrentado se aleja de Amos, que aprovecha la ocasión para intentar librar su pie del cepo.



A pesar del alboroto, Tod percibe un ruido leve, familiar: el del agua. La cascada está cerca. Allí es donde hay que llevar al oso. Tod salta al suelo y corre hacia las rocas desde donde el agua cae como espuma. El oso, aliviado, piensa que el combate le va a ser más fácil. Es pesado, parece patoso, pero es perfectamente capaz de ir a la carrera, de escalar a su vez este montón de rocas, e incluso aquel viejo árbol tendido como un puente en el que Tod se ha encaramado y desde donde parece burlarse de él. Toby sigue excitándole con sus gritos y sus mordiscos. Ya le tocará su turno. Primero hay que acabar con este zorro insolente. El oso se lanza sobre el árbol... ¡cuyo tronco podrido se derrumba bajo su excesivo peso! Con un *pluf* sonoro, el oso cae de espaldas en las aguas profundas. Toma de mala gana el mayor baño de su vida, mientras Tod, chorreando, regresa a la orilla.





Está sacudiendo su cola empapada cuando un ruido de pasos le hace volver la cabeza. Una silueta ha surgido al final del sendero: la de Amos Slade. El zorro no tiene miedo. Acaba de salvar la vida del cazador. Querrá sin duda agradecersele. ¡Pobre ingenuo! Mira, Tod: ¡en las manos del hombre sigue estando la escopeta, y esta escopeta te está apuntando a ti!

Tod está tan estupefacto que no piensa en huir. Mira a Amos con los ojos llenos de reproche. El hombre se echa la escopeta al hombro. Apunta. Pero Toby se interpone entre el cañón del fusil, este agujero negro que produce la muerte, y el zorro inmóvil. Si la bala debe salir, será para él, ¡no para Tod!



Toby también mira fijamente a su amo. No está resentido con él. ¡Sabe que la ley del cazador es cazar y que la suerte del zorro es ser cazado! ¡Pero Tod es Tod, no es un zorro como los demás. Lo ha demostrado a lo largo de sus aventuras. Toby gime lánguidamente, lo que significa en lenguaje perruno: "¿Amo, tendrás el corazón tan duro como las balas? ¿No perdonarás la vida del que nos salvó?". El hombre esta dudando. Luego, baja el arma. Se siente como avergonzado: ¡estos dos animales son mejores que él! Vencido, se aleja cabizbajo.



Es el final de la pesadilla. El oso debió salir y marcharse por la otra orilla. Sólo se oye el ruido tranquilizador de la cascada. Toby se vuelve hacia su amigo. Sus ojos brillan por la felicidad de estar juntos. El zorro quisiera darle las gracias al perro, y el perro, al zorro. ¡Pero con qué palabras? No importa. Han puesto en su mirada toda su amistad recuperada.





Y estas miradas quieren decir: «Nunca te olvidaré, Tod» «Yo tampoco, Toby». Tod va ahora a reunirse con su bella Vixey. De repente, unos alegres chillidos le hacen levantar el hocico. Son los dos inseparables amigos, Dinky y Trabalenguas, que le saludan agitando las alas. Tod les lanza un sonoro buenos días. «¿Dónde te habías metido?», pregunta Dinky.

“Estábamos preocupados —añade Trabalenguas— Oímos tres disparos, pero veo que no iban dirigidos contra ti.” Tod piensa que están lejos de imaginar las aventuras que le sucedieron después del día de pesca. Por otra parte, ¿cómo le iban a creer, ellos que se contentan con perseguir a una oruga? “¡Oh, me di un paseo digestivo —contesta—. Y vosotros, ¿cogisteis a Oruga? “¡Pfftt! No tiene interés cogerla”, dice Trabalenguas. En este momento, una magnífica mariposa empieza a revolotear alrededor de los pájaros. Y Tod se da cuenta de que Oruga desde ahora tiene alas...



Tod prosigue su camino. Entre los árboles que bordean el bosque, distingue a lo lejos la casa de la viuda Tweed. Se detiene. Su corazón palpita muy deprisa. Era su casa. ¿Y si volviera? Titubea. Piensa en Vixey, que le está esperando. Y es la bella zorrilla quien puede más: tras una última mirada, Tod, brincando, se interna en el bosque. ¡Pero qué sorpresa se hubiera llevado si hubiera podido ver a Amos Slade dejándose atender por la viuda, y todo ello sin la menor discusión!





Escuchémosles. El valiente cazador lanza unos pequeños gritos. “¡Vamos, vamos, un poco de valor, amigo mío!”, dice la viuda Tweed. «Ha dicho *amigo mío*: ¡es el mundo al revés!», piensan Jefe y Toby. Vinieron a acompañar a su amo a la granja y observan con interés la sesión de cuidados. La viuda Tweed es una buena enfermera. Están seguros de que dentro de unos días la herida estará curada.



Amos Slade y la viuda Tweed se han hecho buenos amigos. La perna del cazador ha cicatrizado. La vida ha recobrado sus colores, pero Toby está triste. Se sienta bajo el gran roble y piensa en su amigo. La señora Búho, desde lo alto de su rama, hace todo lo posible para consolarlo. “Piensa que es feliz —dice a Toby—, piensa que encontró a la compañera de su vida, piensa también que ahora ya no tiene que esconderse puesto que tu amo no le quiere hacer daño. Yo que puedo volar hasta la reserva, fui a saludarle. La próxima vez te diré que no te has olvidado de él y que sigue siendo su amigo.” Toby se lo agradece con una mirada conmovida.



Mamá Búho va a visitar a Tod para darle noticias de la viuda Tweed y del perro Toby. Vixey quiere mucho a Mamá Búho y aguarda su llegada acurrucada junto a su bello zorro. Tod la mira con ternura. “¿Sabes cuáles son las dos cosas más hermosas del mundo?” —pregunta él—. Son el amor y la amistad.” Vixey se ha sonreído. Está totalmente de acuerdo. ¿Y tú?



Obras clásicas Disney

ISBN 84-392-8439-X



Ediciones Gaviota, s.a.